

5

HISTORIAS DEL
FARERO DE
CAVALLERIA

SERIE 3

FERRAN
RAMON-
CORTÉS

ó



DAR MALAS NOTICIAS

UN VIAJE POR LA COMUNICACIÓN PERSONAL

© 2022 TODOS
LOS DERECHOS
RESERVADOS



Había logrado dejar tranquilo al Farero durante tres días, en los que me dediqué simplemente a disfrutar de la Isla, a dar largos paseos por sus maravillosas playas, y dejar mi mente en blanco. Pero había ido en Menorca para abordar mis fantasmas, así que en mi octavo día, y tras una maravillosa ruta por la parte este del Camí de Cavalls (un sendero histórico que rodea todo el perímetro de la Isla, y que se recuperó en 2010), me presenté en el faro. ¿Y qué buscaba? Pues contrastar con el Farero una idea que me carcomía: ¿por qué como directivo no sabía dar las malas noticias? Me obsesionaba especialmente el tema por un episodio vivido justo antes de tomarme mi mes sabático. Tuve que anunciar a una persona del equipo que no le renovábamos su contrato y en la conversación que tuvimos, él me hizo algunos reproches, cosa que me encendió y provocó que le dijera cosas innecesarias y en un tono que no era el correcto. Y era muy consciente de que no era la única vez que me había pasado. No me costaba hacer el paso de dar una mala noticia, pero si darla bien, y aquel punto era crucial para mi desarrollo profesional.

Llegué al faro, entré por la barrera principal utilizando la llave que tenía en mi poder, y me presenté en el edificio de la torre. Allí un sonriente Farero me esperaba en la entrada.

- Me temo que no te he dado mucha tregua- le dije.
- Más que suficiente -me respondió divertido- Tengo cerveza en la nevera y algo de queso.

Nos instalamos fuera, en el patio, pues el día era muy bueno y la temperatura suave. Y le conté mi problema.

Él se tomó un largo minuto de reflexión y me dijo:

- ¿Me acompañas? Vamos a caminar un rato.

No me apetecía nada volver a hacer una caminata después de mi larga excursión, pero no podía negarme. Sabía que era su manera de ayudarme. Nos levantamos sin recoger la mesa y tras salir del recinto del faro nos dirigimos a la parte del acantilado que baja hacia el mar. Caminamos unos diez minutos por un pequeño sendero, hasta llegar a una zona muy castigada por la tramuntana, en que las rocas eran ariscas y punzantes por la gran erosión del agua. Costaba caminar por allí. El Farero me preguntó:

- ¿Qué tal vas?
- Incómodo. Me cuesta avanzar. No es el camino que elegiría.

Entonces para mi sorpresa me pidió que me sacara el calzado, y que intentara avanzar descalzo. Lo hice, pero me era extremadamente difícil. A cada paso sufría más. En un momento dado perdí el equilibrio y para no caer tuve que pisar las rocas con fuerza, y lancé varios gritos. El Farero me interpeló:

- ¿Y esos gritos?
- Es el dolor el que me hace gritar.

Entonces, mirándome directamente a los ojos, me dijo.

- Pues ahí tienes tu respuesta.

Me puse mis zapatos, deshicimos el camino en un denso y reflexivo silencio y nos volvimos a instalar en el patio, donde nos esperaba todavía una buena ración de queso. El Farero fue a por dos nuevas cervezas. Le dije:

- Me duele dar malas noticias, y ese dolor me hace darlas con más agresividad de lo que me gustaría.
- Esa es la idea...

Todo aquello cobraba mucho sentido para mi, y el Farero, probablemente intuyéndolo, completó su explicación:



- Dar malas noticias es transitar un camino de escollos, un camino incómodo y a menudo difícil, porque a todos nos disgusta darlas. Hay personas que con mil excusas posponen una y otra vez el momento de darlas, para evitar el mal trago. Son personas que miran ese camino de escollos y se sientan esperando un supuesto buen momento para comenzar a transitarlo. Un momento que por supuesto nunca llega, y esa espera se transforma en pasividad. Y hay otras en cambio que las dan con total celeridad, pero a veces sin el tiempo necesario para prepararse emocionalmente o preparar el cómo dar esa noticia. Se meten en el camino sin pensarlo dos veces, y pisan terreno abrupto, cosa que les duele. Y ese dolor se transforma en agresividad.

Poco más necesitaba escuchar para entenderlo. Me sentía cien por cien identificado con la segunda actitud. Se lo dije, y le pregunté de inmediato:

- ¿Y qué puedo hacer?
- Ser consciente, entender que eso es lo que te ocurre. Darte cuenta de que vas a transitar un camino de escollos, y que tienes que mentalizarte antes de meterte en él. Tienes que ponerte un buen calzado para que aún incomodándote el camino, no te duela como para reaccionar con agresividad.
- ¿Y qué significa ponerme un buen calzado?
- Conectar con tu vulnerabilidad al dar una mala noticia, y con la vulnerabilidad del otro al recibirla. Entender que si el otro reacciona mal, también es por dolor, no por otro motivo. Y todo ello te llevará a prepararte y preparar cómo dar esa noticia, consiguiendo darla con el cuidado y serenidad que se necesita.

Todo aquello representaba un cambio fundamental para mi. Se desmontaba mi idea de eficaz ejecutivo, al que no temblaba el pulso por dar una mala noticia. Claro, no me temblaba el pulso pero sí la voz. Y me salía toda la agresividad por el camino. Jamás hubiera pensado que esa agresividad no era ni más ni menos que el resultado de mi sufrimiento y mi inseguridad. Que a mi, como a todos, me incomodaba dar ese tipo de noticias.



Nos terminamos la cerveza. Poco más había por añadir. Nos quedamos un buen rato en el patio, hasta que el sol se perdió en el horizonte, y el faro -como cada día- se encendió y empezó su trabajo.

Volví a Fornells profundamente relajado, porque me daba cuenta de hasta qué punto, sin ni la más mínima consciencia, me había estado estresando cuando tenía que dar una mala noticia. Y lo cierto es que ahora me preparo. Mucho. Me preparo yo emocionalmente, y preparo cómo darla. Y no se si lo hago especialmente bien. Lo que sí se es que lo hago muy a consciencia.





WWW.LAISLADELOS5FAROS.COM

© 2022 TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

DISEÑO GRAFICO JÚLIA RUIZ